



CAPITULO XXII

Tan pequeño como interesante á los que lo leyeren

No fueron suficientes las razones del coronel para calmar del todo la cólera á nuestra Quijotita. Cada vez que se acordaba de su nuevo título y de la decimita que halló en el clave, rabiaba contra los colegas y los llenaba de improperios. Sus expresiones excitaban la risa

de los que la escuchaban, y cada risa aumentaba el enojo de Pomposa.

Tanto se le exaltó la bilis que, no sólo se negó á tomar alimento, sino que se resintió su salud de tal modo, que como á la media noche le atacó un violento cólico, que puso en bastante cuidado á sus padres.

A la misma hora, á pesar de los fuertes aguaceros que por desgracia de los criados estaban cayendo, se repartieron todos éstos en solicitud de médico y confesor. ¡Qué trabajo les costó hallar estos auxilios! Pero en fin, al cabo de mucho andar, después que calmó el agua, y por una dicha inesperada, los encontraron y los llevaron á la casa.

El médico fué el primero que llegó, y de consiguiente el primero que se dedicó á cumplir con su oficio; pero con tan buena suerte de Pomposa, que con un ligero emético y otros remedios calmó el dolor y se halló tan aliviada, que ya no se juzgó necesario el confesarla, aun habiendo llegado el sacerdote, que al ver esto, no pudo menos que enfadarse y decir:—Vean ustedes; por estos chascos no quieren levantarse de noche muchos padres. Está uno en su casa acostado, enfermo ó sano, dormido ó despierto, y de repente... ¡zas! golpes al zaguán.—¿Qué es eso, qué se ofrece?—¡Padre, por amor de Dios una confesión aquí cerca, que se muere el enfermo!—¡Eh! que pujando, que rezongando se re-

suelve uno á levantarse; sale á la calle, se expone á un aire frío ó á un aguacero, como yo ahora, llega á la casa y se halla con que ya no se necesita confesor, porque todo ha sido un chiqueo de la señorita. Ustedes dispensen que les hable tan claro; pero siento que me hayan incomodado sin necesidad. ¡Bien hayan los padres que no se levantan de noche ni por Dios ni por sus santos, sino que despachan á sus parroquias á los que los llaman, por más ejecutivo que sea el caso!

Todos se sorprendieron con el regaño del padre, y aun iba á satisfacerlo don Dionisio, cuando el médico, ahorrándole el trabajo, le dijo:

—Padrecito, ¿qué hemos de hacer? usted y yo estamos expuestos á semejantes lances por razón de nuestro ministerio. Yo también me he incomodado saliendo de mi casa.

—Es verdad, dijo el eclesiástico, pero á usted le pagan.

—Y á usted también.

—¿A mí quién me paga? ni aunque hubiera ignorante que me pagara, ¿cree usted que yo sería capaz de cometer tal simonía como vender el sacramento de la penitencia?

—¡Ya se ve que no, padre mío! estoy muy lejos de presumir de usted ni de ninguno de su carácter tal exceso; mas á la primera pregunta que usted me hizo

de quién le paga, digo que Dios le pagará cuantas veces se incomode por cumplir con sus obligaciones. Y por lo que á mí toca, no crea usted que soy un médico tan venal que sólo me levanto de la cama cuando me promete mucho interés la visita. Yo, cuando me llaman á deshora, me informo de los síntomas que le advierten al enfermo, y si conozco que el mal es grave, me levanto al instante y vuelo á socorrerlo, sin meterme en averiguar dónde vive, quién es, cómo se llama, qué empleo tiene ni otras menudencias, para inferir si me estará bien ó no salir de casa, como me dicen que hacen muchos de mis compañeros, aunque yo no lo quiero creer de ninguno, pues este proceder es una falta de caridad, y no como quiera, sino una falta criminal; porque el que no socorre á su prójimo en necesidad grave, lo mata, y yo no quiero ser reo de más asesinatos de los que cometa por mi impericia en mi facultad, aunque éstos son involuntarios, pues estudio y hago todas las diligencias que están á mis alcances para aliviar á los enfermos, no siempre con fruto, porque los mejores médicos andan á tientas poco más ó menos y sólo el Autor de la naturaleza sabe infaliblemente el modo cómo ésta obra. Pero dejando esto aparte, padre mío, ni usted ni yo nos hemos incomodado sin necesidad. Efectivamente, esta niña estaba bien mala, y si los remedios no le hubieran laxado el vientre acaso se hubiera

muerto antes de amanecer. La naturaleza obedeció á la medicina, ó porque los remedios la obligaron ó porque Dios quiso; pero esto no prueba que la enfermedad no fuera grave. Todo dolor agudo puede ser pronóstico de muerte, si no cede á los medicamentos. Los dolientes de un enfermo ni pueden dirigir los remedios ni prevenir la calidad del mal; y así, hacen muy bien en implorar en estos casos los auxilios espirituales y corporales, y el médico ó el confesor que se negare á impartirlos es, en mi juicio, un reo de eterna condenación; pues si el paciente por falta de socorros perece en esta vida ó en la otra ó en ambas, no sé cómo se disculpará para con Dios, ante quien se hila muy delgado.

Estas y otras cosas que dijo el médico impusieron al confesor, de modo que abrazándolo dijo:

—Gracias, amigo, gracias; usted me ha dado una lección que me recuerda mis obligaciones. Desde hoy en adelante ya no se me olvidará que el alma que se pierda por mi causa me ha de hacer eternos cargos. No volveré á despachar á ninguno á su parroquia; sé que como sacerdote tengo amplias facultades para abrir el reino de los cielos á cualquier pecador que acuda al asilo de la penitencia. Me escandalizaré de cualquier compañero mío que en igual caso que el presente regatee este auxilio á los fieles, por quienes Jesucristo derramó su sangre

con toda liberalidad. Ustedes, señores, dispéñenme, que yo protesto la enmienda.

Don Dionisio y doña Eufrosina procuraron complacer al confesor y al médico del mejor modo que pudieron, y se concluyó este acto interesante.



CAPÍTULO XXIII

En el que se trata de la historia de Irene

No todo han de ser disgustos en esta vida; algunos ratos se han de consagrar á la alegría, y más cuando hay quién nos atice, como doña Eufrosina que se empeñó con Welster, pasados los días del luto, para que tuviera un día de diversión en su casa.

El angloamericano, que era muy político, no quiso que se pensara de él que era misántropo ni mezquino, y así dispuso el día de *frasca* que apetecía Eufrosina,